



¿Y qué es pensar a modo de paisaje? Desmantelar lo escópico, reconstruir lo epistémico: consideraciones sobre espacio, migración y cultura en el Caribe

*E o que é pensar no modo de paisagem?
Desmantelar o escópico, reconstruir o epistêmico:
considerações sobre espaço, migração e cultura no Caribe*

*Thinking from a landscape view? Dismantling the scopic,
reconstructing the epistemic: considerations on space,
migration and culture in the Caribbean*

*Marcela Landazábal Mora**

Resumen

La presente reflexión propone un cuestionamiento de las versiones que intentan definir el Caribe. El campo social compuesto por diferentes horizontes presenta discontinuidades aptas para cuestionar *cómo y qué vemos en esta construcción cultural*, antes de apresurarnos en una definición incluyente que elimine la potencia de sus diversas densidades. En general, el Caribe se presenta como un *paisaje* cargado de las herencias de la episteme política, jurídica y económica de Occidente, que se distingue por el *sentido de distancia*. Así, se sigue reconfigurando la funcionalidad de las regiones a partir de marcos hegemónicos de visualidad. Para hacer la crítica a este modelo, se ha traído la presencia de la Guayana Francesa, como una fisura que permite profundizar la gran panorámica que el Caribe presenta más allá de la visualidad dominante.

Palabras clave: Caribe, visualidad, reconstrucción epistémica, espacio, migración, pensamiento paisaje.

Resumo

A presente reflexão propõe um questionamento das versões que tentam definir o Caribe. O campo social proposto por diferentes horizontes apresenta discontinuidades aptas para questionar *como e o que vemos nesta construção cultural*, antes de nos apressarmos em uma

* Maestra en Estudios Latinoamericanos por la UNAM, México y doctorante en el mismo programa. Artista por la Universidad Nacional de Colombia. Actualmente realiza la investigación: *Diáspora hmong en la Guayana Francesa y Argentina: Asia en América Latina después de la Guerra de Vietnam*. Mención Honorífica por la tesis *Paisaje cultural en la Guayana Francesa: hacia una cartografía de la aproximación* del Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos, UNAM. E-mail: <marcela.landazabal.mora@gmail.com>.



definição inclusiva que elimine a potência de suas diversas densidades. Em geral, o Caribe apresenta-se como uma *paisagem* carregada das heranças de sua episteme política, jurídica e econômica de Ocidente, que se define pelo *sentido de distância*. Assim, se segue reconfigurando a funcionalidade das regiões a partir de bases hegemônicas de visualidade. Para criticar este modelo, apresenta-se a Guiana Francesa como uma fissura que permite aprofundar a panorâmica que o Caribe representa além da visualidade dominante.

Palavras-chaves: Caribe, visualidade, reconstrução epistêmica, espaço, migração, pensamento paisagem.

Abstract

The reflection presented here intends to question some versions that define the Caribbean. The social field composed of different horizons presents discontinuities which allow to question *how* and *what we see in this cultural construction*, before rushing into an inclusive definition that eliminates the power of its diverse densities. In general, the Caribbean presents itself as a *landscape* inherited from a political, judiciary and economic episteme of West, where it is distinguished by the *sense of distance*. The region keeps reconfiguring based on these visual hegemonic frames. However, this paper develops some counterarguments, as it introduces the French Guiana as a model that transcends the dominant Western side and reflects the Caribbean panoramic view.

Keywords: Caribbean, visibility, epistemic reconstruction, space, migration, landscape thinking.

*En el interior de esa falsa memoria,
la única memoria que poseíamos
era una acumulación de oscuridades.
Un sentimiento de carne discontinua.*

Jean Bernabé, Patrick Chamoiseau
y Raphaël Confiant, *Éloge de la Créolité* (1989).

La palabra Caribe resulta, en una primera imagen, un paisaje o quizá un mapa que alude a la insularidad y las costas que bordean un mar interior del continente americano, como la principal pauta geográfica de una región que entrafia mitos y distancia. Podremos ir a los lugares comunes: pensar en el turismo, recordar la diferente sonoridad del choque de lenguas y el exotismo de los colores vivos que doran las pieles del mundo bajo el sol del trópico, mientras desfilan los exuberantes cuerpos de ébano trenzados entre razas y raíces. Algunas veces parece un paisaje marino, aletargado en el tiempo, rodeado de cinematografía y enclaves azucareros de las Costas del Sur y las islas paradisíacas.

El paisaje, esa totalidad visible de una región, se muestra como un plano general desde un sentido unívoco: el del *observador*. Esta visualización paisajística deja en evidencia una trampa camuflada en la inocencia apreciativa: *la distancia*. A partir de



ella se configura el campo visual, lo alcanzable, nominable, dominable, donde mejor se ubica la caracterización de la razón moderna colonial. Allí reposan las articulaciones de lo visible, conformando unidades que pretenden ser homogéneas, aunque enseñen particularidades diversas. Esta imagen es resultado de la construcción *escópica* del sentido de mundo, y se da en geografías indistintas organizadas por una matriz global, cuya principal mediación se manifiesta en la creación de una imagen común a través de los mercados y los nexos políticos que éstos crean aun sobre las determinantes culturales. En esta medida, el conocimiento de la región es parte de la imagen dominante, que se sustenta en lo visible de las regiones que habitamos, exponiendo la percepción de insularidad y continentalidad, así como modificando y transformando la experiencia de esa visualidad en los sentidos de la realidad que, creemos, es colectiva. Es una imagen creíble, un observador creíble, la práctica de una mirada compartida y asimilada. No sabemos del aislamiento hasta cuando estas regiones periféricas fueron llamadas islas, no sabemos del continente hasta cuando a estos espacios se les llamó abigarrados; se ha naturalizado la distancia entre estos espacios como horizontes separados, malentendiendo la comunicación efectiva, como la mediación y acceso inmediato a los rangos de confort o referentes con los centros.

El paisaje unifica desde la mirada del observador, no devuelve otra imagen más que la ubicación de quien observa, situándolo como eje de la perspectiva dominante del punto de la mirada. Este comportamiento sensible de lo *escópico*, donde la observación no es diálogo sino composición unívoca, modifica la experiencia sobre los tiempos y espacios creando la ilusión común de habitar un mismo *sentido* –un modo de percepción codificado bajo esquemas de diferenciación, donde se instalan las miradas de dominio y las dominadas. Esto indica trabajar sobre la capacidad de mirada del otro, instituir en su visión un poder de difusión-interiorización de los patrones de referencia dominantes.

Nos comunicamos y persuadimos a través de las imágenes, viendo de la misma manera, bajo los mismos *sentidos*. La mirada reposa en la sensibilidad preexistente para aprehender el campo visual, para elaborarlo y determinar las localizaciones que se componen en el horizonte social. Así, en una sola y consistente imagen asimilada, el único riesgo que se podría delatar –hasta cierto punto medido, esperado y controlado– consistiría en la interpretación múltiple sobre una misma matriz; sin contraposiciones, sin confrontación, pues lo visible son los elementos, no la retícula que los organiza. Por ello asociamos fácilmente visiones inertes del Caribe de palmeras, el mar de siete colores y la propaganda turística de los carnavales, que cohabita con las tradiciones musicales y rituales, o las literaturas ricas en diversidad lingüística sin que ninguna se estropee, pues en su matriz no son contradictorias.

Las panorámicas de paisajes caribeños se sirven de los horizontes disponibles en los cuales frecuentemente se les proyecta desplomados en el tiempo. Ese *no*-desarrollo



uniforme de sus sociedades inmortaliza su estética precaria, mientras perversamente lo embellece; en buena medida porque se ha creado un juego de capas históricas donde parte de la belleza del Caribe reposa en su estética de contradicciones exuberantes. Riesgo necesario para disputar tal imagen consiste en estirar las posibilidades del paisaje mismo, posibilitar el diálogo a través de otras imágenes diferentes a toda pretensión panoramizante. Las imágenes sociales se construyen de elementos espaciales, temporales, narrativos y de procesos sensibles fraguados en la experiencia de cuerpos jerarquizados por los distintos órdenes económicos, políticos, simbólicos y, a su vez, organizan el sentido de la memoria, la historia, la ciencia, las poéticas, los saberes, la vida. El “cómo debe verse” y el “qué se ve” de la mirada dominante, imponen la ilusión estática en las imágenes creadas –panorámicas esbeltas, extensas y lejanas– eso conocido, la episteme. Son estos sentidos de paisaje los que *territorializan* los espacios, los tiempos y la conciencia que de ellos surge. Panorámicas erróneamente llamadas paisajes y que, pese a la amplitud que expresan, continúan siendo una práctica de construcción de fragmentos, de opuestos excluyentes basados en construcciones escópicas de dominio.

¿Qué ocurre cuando, quitando el velo de la diada *blanquitud/negritud* tan tipificada en el Caribe, se descubren las gamas de grises del África, los incalculables matices de blancos de Europa, los cobrizos tonos de los ancestros nativos casi desaparecidos, la selva amazónica, los ecosistemas africanos o del sureste de Asia y entonces, desde el mundo en blanco y negro, acontecen los colores, encontrándose de nuevo en una misma región que, de paso, ha sido creada por esos sentidos de la retícula histórica que dominó y perpetuó esta geografía caribeña?

Las visualidades afro-caribeñas deben desbordarse desde sus espacialidades y superar el espectro afro fundado en “blanco y negro”, como sistema binario de reconocimiento de relaciones sociales de poder. Este sería un primer paso analítico. Igualmente hay que seguir de cerca las complejas migraciones caribeñas y superar la obsesiva compulsión del rescate de las raíces,¹ sobre todo las negras e indias, pues estas posturas replican la matriz configuradora de los espacios de exclusión. Propuestas como la de Édouard Glissant, ampliamente desarrollada en *Poétique de la Relation* y en *Philosophie de la Relation. Poésie en étendue*, nos brindan otros caminos para entender el carácter rizomático que desdibuja la necesidad del tronco común en nuestro atavío cultural. Es clara también la necesidad de atender, en las posturas de

¹ Es irrefutable el valor que implica rescatar la presencia de las múltiples Áfricas, tanto en las concepciones historiográficas como económicas. No obstante, la continua referencialidad a las raíces reduce las posibilidades de análisis sobre procesos culturales, sosteniendo el paradigma genético-racial. La analogía del rizoma, por su parte, se basa en el principio de desconexión, la heterogeneidad, multiplicidad y la ruptura asignificante que intenta encontrar otros vínculos sin que se desestimen las actuales presencias (Deleuze y Guattari, 2002:12).

resistencia, lugares comunes que no permiten la claridad reflexiva actual por el tipo de sedimentación discursiva, narrativa, así como el uso propagandístico, político o cultural que han tenido al retomar indistintamente los sentidos de los primeros enunciados, sin reparar en el tipo de actualización espacio-temporal al que se abocan. Tal política de reivindicación funda otras matrices estáticas, nuevas panorámicas de anteriores resistencias, y que hoy día avizoran el riesgo de perder su impacto crítico, al ser herméticas incluso en su sincretismo.

Desmantelar lo escópico

Frecuentemente la idea de conocimiento se concentra en la relación *conocido-visto*. En este proceso, el horizonte es dispuesto por el alcance de la vista, allí se determinan lugares, procesos y tiempos, aunque opacos, visibles. Se sustenta de esta forma una episteme visual *determinada/determinante* que nos advierte sobre nuestra “capacidad” de ver o ser vistos. José Luis Brea afirmaba: “lo cognoscible es más amplio que lo visible” aduciendo a esta facultad de credibilidad que se ancla a la posibilidad de ver,² de evidenciar. Conocemos aquello visto a través de la configuración de las imágenes, no en lo visto formalmente, sino en sus sentidos. Así, el *campo escópico* se inscribe en una práctica que sustenta las formas de visualizar a partir de horizontes de fuerza políticamente construidos.

El *sentido* reposa en la continua batalla de posiciones que constituyen lo social como un todo visible filtrado por diversos niveles de sensibilidad colectiva; un proceso estético que deriva en la interiorización multiforme de las imágenes creadas sobre la diferenciación social, a la vez que las configura. En parte, tal interiorización, que es un denso y complejo proceso sobre procesos socio-culturales y económicos de diversa índole, se implica con la seducción que hace posible la identificación con las imágenes reivindicantes. Éstas, antes que lograr una disputa por el lugar de los sujetos que reivindica –espacios, personas, animales, o saberes–, crea una imagen de contraposición que se presenta falsamente externa ante “eso” que critica, mientras se afirma en el marco de referencialidad asignado. Tal imagen no propone una alternativa, sino que juega en la multiplicación de posibilidades del marco impuesto, lo multiplica. Por ello la seducción estética, ese sentido creado durante la experiencia de ser/hacerse imagen, tiene un potencial riesgo de enraizamiento en los procesos de identidad, en reconocerse finalmente externo y marginado gracias a un juego político sobreestetizado donde hay un recurrente juego de creación de imágenes que aparentan controversia, disputa o reivindicación.

² “‘Lo que se sabe en lo que se ve’. O quizás podríamos decir ‘aquello que puede ser conocido en aquello que puede ser visto’ [...] ‘episteme escópica’: [es] la estructura abstracta que determina el campo de lo cognoscible en el territorio de lo visible” (Brea, 2007:146).



En el caso del Caribe hay mucho todavía de aquellos marcadores míticos de “El Dorado” y el Amazonas influyendo en los esquemas de dominación actuales entre centros y periferias. Aquellos que agudizaron las diferencias raciales, geográficas, políticas y económicas funcionan como *regímenes escópicos*,³ conformando campos donde la imagen prefigurada por el dominador ha sido interiorizada por el dominado. Hoy día, después de siglos, esta interiorización deja ver sus consecuencias al instalarse en una localización de epistemes distantes, paradójicamente conectada en el devenir vital de los ecosistemas naturales y sociales. Lo anterior es resultado de la sedimentación sobre aquellas primeras imágenes circulantes y da cuenta de su imposible homogeneidad. En América del Sur aún subsiste un distanciamiento visible hacia los procesos histórico-políticos que competen a los territorios de ultramar europeos que no logran instalarse de manera presente en el imaginario sudamericano y menos, latinoamericano, cuando éste presupone mínimamente una emancipación política y una soberanía económica. Para ejemplificar mejor esta reflexión retomaré a la Guayana Francesa alternando con algunas generalidades del Caribe para exponer los presupuestos de la presente discusión.

La cartografía logra hacerse concreción técnica de la imagen política, simbólica y epistémica condensando así el *estatismo* espacial de las regiones. El siguiente mapa sirve de muestra para observar la narrativa historiográfica de los espacios colindantes entre lo que hoy llamamos Amazonas y Caribe. En él se pueden apreciar entornos colonizados, cedidos, enmarcados entre el mito, pero finalmente doblegados a los poderes políticos de turno. Sobre ellos, los imperios fueron afirmando sus cronologías, grabando imágenes sociales y creando el horizonte de relaciones de las mismas.

El título de este mapa cumple algo más que su función nominativa. Cartografía, dibujo y tipografía conforman un imaginario narrativo que apropia un espacio en temporalidades definidas por la colonización. Al mismo tiempo afirma simbólicamente la propiedad del conocimiento, porque, aparte de ser un documento oficial, es un documento científico. Eso que seguía siendo “el cofre salvaje” –el lugar de las sorpresas y lo exótico– antes llamado “El Dorado”, el “País de las Amazonas”, en su “hoy colonial” devino Francia equinoccial –la distante–, se hizo cartografía oficial de la Corona, hecha de imaginaria de amerindios, seguido por el asentamiento legitimado de las expediciones españolas, inglesas y holandesas, para continuar como la actual Francia de Ultramar. La panoramización de tiempo y espacio es una retícula implícita,

³ Martin Jay retoma este término de Michael Foucault, quien lo vincula al análisis de la mirada vigilante y totalizadora del panóptico. Se desplaza en un análisis ampliado de la construcción de lo escópico como valor determinante de la modernidad y, por tanto, de la razón que lo instrumentaliza. En este sentido, los regímenes escópicos son varios y se dan de acuerdo al momento histórico-social. No obstante, el historiador afirma que, aun cuando se quiera restituir el estado originario de la mirada, nunca volverá a adquirir su inocencia. Siempre querrá verlo todo (Jay, 2007:7).



Source gallica.bnf.fr / Bibliothèque nationale de France

P. du Val d'Abbeville. Geógrafo del Rey (1654), *La Guyane o Cofre salvaje, otrora el Dorado y País de las Amazonas, hoy Francia Equinocial, siguiendo las Relaciones de Amerindios, Españoles, Ingleses, Holandeses y Franceses* (traducción propia).⁴

Fuente: Mapoteca/Biblioteca Nacional de Francia.

resumida y sintetizada en una Carta Real. Hoy la Guayana se debate entre Amazonas y Caribe, renuncia a su antillanidad porque está arraigada al continente, pero tampoco termina de situarse en la simplicidad resumida de América Latina, pues persiste colonial en su devenir económico y cultural. Este mismo ejercicio podremos hacer con cada una de las regiones del Caribe, y todas terminan cuestionando: ¿dónde están?, ¿cómo se sitúan o corresponden con las demás? Indagan el espacio físico, histórico, geopolítico, el lugar de sus cuerpos; indagan su conocimiento.

Nos servimos de este ejemplo, un *fragmento* del Caribe en mapa –lugar común en nuestra mirada– para plantearlo como un puente que posibilita pensar cómo estamos

⁴ *La Gvaiane ou Cofre Sauvage, autrement El Dorado et Pais des Amazonas, aujourd'hui FRANCE EQUINOCTIALE, suivant les Relations des Indiens, Espagnols, Anglois, Holandois et François.* Par: P. du Val d'Abbeville. Géographe du Roy (1654).

situados, delimitando una imagen de esta localización incorporada como sentido de la experiencia real. Un conocimiento asentado en imágenes históricas, políticas y económicas traslapadas y colapsadas en los cuerpos que las posibilitan es funcional para determinar los lugares y roles de los constructos históricos de las miradas que las recrean y se posicionan en ellos. De ahí la insistencia en dismantelar lo escópico para contribuir a otros sentidos de reconstrucción epistémica.

La proyección interna y externa de una locación histórico-política es *praxis* incorporada en la memoria, se hereda y multiplica las experiencias de espacialidad sucesivamente actualizadas. ¿Por qué cuestionamos la pertinencia de la Guayana Francesa cuando se sitúa en América Latina y en cambio se asimila más fácilmente con el Caribe? ¿Por qué consideramos que América Latina es otra unidad histórico política más continental y homogénea en un soporte geográfico que dista de la multiplicidad del Caribe?

La intención de enmarcar el Caribe como un espacio sociocultural, cuya configuración se halla en torno a su historicidad antes que a su geografía, retomando la idea de la historiadora Yolanda Wood,⁵ es un indicio para ubicar el lugar de enunciación de su matriz en el sentido historizante. La coherencia geográfica viene por añadidura de la “historia legítima”. Desde esa historia se inscribió el Caribe para que fuera representado. Recordemos que ha sido un paisaje creado, ilustrado, cartografiado. Por ello se percibe fragmentado en lenguas, disociado en islas, enajenado de una anhelada unidad, con identidades frecuentemente plasmadas en el folclor y el color disperso y estridente. La ilegibilidad es una condición desde todo lo externo que ya está visiblemente asimilada. Esta región se prefigura como una paradoja de la unidad, donde “toda la región es dispersa pero subsiste”. Desde luego subsiste, gracias a la matriz que la ha construido.

En ésta se identifica a Haití, desde 1804, como la antítesis de la hoy República Dominicana; a Jamaica y Cuba como un par de rebeldes con destellos de genialidad e ídolos políticos metabolizados por la industria cultural en el siglo xx; mientras Martinica y Guadalupe conforman una extraña zona con aires franceses donde persiste el ideal antillano de antaño. Ni mencionar el enigma genérico que constituyen Barbados, Granada, Santa Lucía, Dominica, Antigua y Barbuda y las casi inexistentes Montserrat y San Cristóbal y Nieves. Así, el resto de la región por costas e islas se

⁵ La historiadora Yolanda Wood advierte las múltiples delimitaciones que existen sobre el espacio Caribe: “[...] si es cuenca o no, si incluye Brasil o no, si sólo abarca las islas o los territorios costeros continentales [...] el espacio Caribe ha sido un área históricamente conformada y no geográficamente determinada, por lo que sus espacios se definen a partir de su carácter de área sociocultural” (Wood, 1989:68). Esta reflexión puede ampliarse con las precisiones que el historiador Antonio García de León (2002) hace para reconstruir la región al esbozar el extenso sistema colonial que conecta al Caribe con algunas regiones insulares y costeras del África o las zonas del Sur de Norteamérica, enlazando tanto las rutas comerciales, como las rutas de la trata negrera.

dibuja con las huellas coloniales de los Países Bajos, Francia, España o Inglaterra; un terreno donde parece fundarse el orgullo de lo real y lo maravilloso con el precio a cuestras de ahondar el exotismo y la distancia. ¿Cuánto más podría durar tal realidad a suerte de re-identificación con esas imágenes creadas hace algunos siglos y décadas?

El desmantelamiento de lo escópico implica comprometerse de otra manera con la aproximación y la limitación, asumiendo la incapacidad de captar todo. Primero, porque la idea de totalidad, en su sentido abstracto, es una de las trampas de las panorámicas del paisaje que consolidan fragmentos y obligan a construir esa imagen donde *todo lo lejano* es plenamente observable. Y segundo, porque desmantelar lo escópico reviste una intención solidaria donde, desde diversas miradas, se alerte sobre el reconocimiento de las retículas organizadoras de la realidad social visible. La retícula, la matriz donde se organiza ese gran conjunto del “todo”, se hace visible en la medida en que se comprendan esos órdenes; de otro modo, siempre es invisible.

Paisaje: aclaraciones

Para el pensamiento continental (...) nosotros vemos el mundo desde un bloque, desde lo alto, o desde un jet como una suerte de síntesis imponente, todo hecho como para poder desplazarnos por tomas aéreas, vistas generales de configuraciones de paisajes y relieves.

Glissant, *Philosophie de la Relation. Poésie en étendue* (2009).

Hemos visto que, en modo panorámico, *el paisaje* se asocia con una mirada idílica de la armonía, donde lo compuesto por la vista resulta resumido en una instantánea perdurable, que siempre implica al observador a través de la mirada que construye. El adiestramiento disciplinar estetizado de la modernidad, afianzado en el Renacimiento, instituyó el canon de la distancia a través del encantamiento de la profundidad de campo. Por su parte, los artistas románticos e impresionistas pensaron fracturar la episteme renacentista involucrándose con el carácter expresivo de las tormentas “incontemplables”. Un caso es el de Caspar Friederic,⁶ y otras iniciativas, que explica cómo el paisaje pareció disiparse en las facturas del arte. Este paisaje, hecho panorámica, consolidó su mirada desde la Europa abstracta –homogenizada y dominante– para proyectarse e instalarse dentro y fuera de ella, en la visualidad universal.⁷

El rastro etimológico del origen francés de la palabra “paisaje” nos habla de otra relación muy anterior al Renacimiento, y que debemos rescatar en aras de visibilizar

⁶ Concretamente me refiero a la pintura de 1818 que el alemán llamó *El caminante sobre el mar de nubes*. Para efectos de este análisis, ello representaría la ilustración del triunfo de lo humano sobre todo lo demás, *lo natural, intempestivo y salvaje*.

⁷ Debe aclararse que la intención de esta reflexión es comprender la visualidad del paisaje forjada en



las retículas que lo han posibilitado. *Paysage*, de origen francés, era ese fragmento amplio de un país observado, el lugar donde habitan los campesinos *paysans*, paganos (*païens*), rurales e inhóspitos; ellos, como el territorio, debían ser bautizados. *Paisajear* fue traducir lo inconmensurable o desconocido, imaginarlo e inscribirlo en una lógica de escalas, nombrarlo o bautizarlo, y así construir la oficialización en las gestualidades de dominación. La cancelación de toda posible presencia anterior infería también un vaciamiento del espacio, un nuevo orden estructurador de las presencias allí dispuestas. Lo ocurrido con la visible devastación de la población aborigen en las islas del Caribe, o con el posicionamiento imperial europeo sobre costas y cordilleras americanas, indica que el espacio vacío es una imagen creada para anticipar la acción de posesión y justificarla.

Los mapas de los imperios mostraban en sus idiomas coloniales las competencias nominales sobre las tierras. Los piratas construyeron sus códigos alternos y abrieron algunas rutas hacia nuevos territorios.⁸ Los científicos complementaron la colonización con el despliegue expedicionario y taxonómico; así, el espacio exótico se fue apropiando a la vez que fue expropiando a los pueblos nativos. Estos comenzaron su historicidad fragmentados. En palabras de Chamoiseau (1994): su historicidad es la de la colonia. La panorámica que pretende ser paisaje de esos tiempos históricos es un fragmento de un complejo entramado de temporalidades mucho más amplias. Afirma George Simmel (1986), pensando el paisaje fragmentado: “un trozo de naturaleza es una contradicción interna; la naturaleza no tiene ningún trozo [...] sólo puede ser ‘naturaleza’ en el interior de aquella unidad sin fronteras trazadas”.⁹ Y como el paisaje necesita un encuadre, incluso en su sentido historizante, es constitutivamente limitado, como lo es todo campo visual de un *régimen escópico*. Lo panorámico, al buscar un todo, es imagen del deseo de dominio, pero a la vez, experiencia de frustración por no concretarse debido a las limitantes estructurales de las sociedades sobre las que funciona. Por ello el sentido de *paisaje* desborda las representaciones artísticas y se articula en la construcción social del espacio.

Estas intenciones de hacer *un todo* se repiten en las dinámicas globales de las políticas internacionales, que insisten en unificar el criterio del Caribe, como se ve en la Declaración de Isla Margarita del 12 de diciembre de 2001 hecha por la Asociación de Estados del Caribe (AEC), cuando los países miembros deciden reconocer al Mar Caribe como “patrimonio común de la región, y un activo invaluable al cual se da

Europa principalmente. No se desestima la importancia de las representaciones asiáticas, los trabajos de los dibujantes japoneses o árabes, o las xilografías chinas. Precisamente todo ese conocimiento reposa más distante de nuestro horizonte inscrito en una episteme colonizada.

⁸ Se documentan algunos naufragios de piratas, filibusteros generalmente, quienes partieron del Perú y otras rutas, quienes después de sus naufragios en el estrecho de Magallanes llegaban a costas de la Guayana Francesa (Mam Lam-Fouck y Apollinaire, 2013).

⁹ Sobre la filosofía del paisaje, véase Simmel (1986).

prioridad en su conservación”, con el objetivo de la “consolidación de una identidad caribeña propia”. La intención implica encarar la realidad política y económica global desde una perspectiva en la que se repiten patrones que han imperado en la precariedad natural y cultural de una región que se reconoce próxima, pero no entiende cómo relacionarse. Los países miembros se han comprometido “a establecer la región del Gran Caribe como una Zona de Cooperación”, que “consistirá inicialmente de acciones conjuntas en las áreas de prioridad de la AEC, es decir, Comercio, Turismo Sustentable, Transporte y Desastres Naturales”. La Guayana Francesa, que es miembro asociado, presenta sin duda un caso particular y por ello funciona en esta reflexión, tanto por su condición continental diferenciada, como por estar al margen de una inclusión regional por su *status* departamental amazónico, ultramarino y francés.

Los niveles de representatividad de los miembros de la AEC están dados en gran medida por la herencia historiográfica compartida. La Guayana ha paseado por una condensación de imágenes históricas contradictorias que encuentra su oficial asentamiento colonial de manera tardía con respecto a las colonias colindantes. Su singularidad incluye procesos de tregua territorial con comunidades nativas amazónicas para asegurar la supervivencia de los pocos blancos colonos, como también, mestizajes entre éstos y amerindias, o la autorización de la unión católica entre esclavas libertas a condición de contraer matrimonio con oficiales retirados, como el caso de Souzanne Amomba, conocida actualmente como Madame Payée.

Así mismo, los periodos de auge aurífero en el siglo XVIII, cuando el territorio renunció a la plantación, distanciándose radicalmente del carácter fundador de las islas francesas, fueron la antesala de su imagen mejor conocida como prisión ultramarina en el siglo XIX. Esta condición perduraría hasta la primera mitad del siglo XX, cuando pasa a ser Departamento Ultramarino de Francia, donde hoy día está la sede del Centro Espacial Guyanés, un punto geoestratégico de la Comunidad Europea. Las migraciones, por su parte, han configurado de manera especial cada uno de los episodios descritos, y por ello comportan un interesante campo de observación de la experiencia social donde se fragua la ruptura de lo impuesto, tanto en el sistema de las colonias de plantación, como de poblamiento.

La *distancia* que enmarca el territorio francoguyanés hace que este *pays* (como le llaman sus habitantes) deje ver los modos de interiorización y asimilación de esas escalas fragmentarias, naturalizadas en los modos de relación con su entorno caribeño-latinoamericano. El espejo del paisaje quebrantado hizo trizas sus principios historizantes, ha fracturado la capacidad homogénea relacional de la mirada colonial, pero más que ninguna otra región, se sostiene con una identidad cuya matriz escópica ultramarina está claramente interiorizada y antes que solapada, se ha hecho transparente. El pretexto de la distancia, además, nos ayuda a enlazar a la Guyana



Francesa con otro lugar común con el que se identifican a las islas, islotes y costas de la región Caribe: el *aislamiento*. Dice Glissant (2017:315): “en semejante contexto, la insularidad adquiere otro sentido, se suele hablar de insularidad como de un modo de aislamiento, como una neurosis de espacio. Sin embargo, en el Caribe cada isla es una apertura”.¹⁰ El filósofo martiniqués invita con ello a pensar la dialéctica *adentro-afuera* tan evidente en las Antillas,¹¹ común organizador caribeño.

Lo que se está jugando en este giro, es tornar el reflejo que relaciona los diversos fragmentos del Caribe en un marcador ilusorio de ajenidad, y capacitarlos para articularse pese a su *aislamiento*. Por ello, la presencia que implica la Guayana Francesa como región no autónoma dentro del marco de la AEC puede comprenderse en confrontación directa con las imágenes creadas de su cartografía, no como contrapuestos, sino como imágenes que, desde diferentes órdenes –visual, político, oficial, científico, cultural– dialogan, haciendo evidentes múltiples niveles de asimilación de la matriz que los configura. Tal diálogo es posible gracias a esa densa y constante actualización de los sucesivos mapas coloniales que fueron limitando su percepción espacial donde, pese a lo continental, se ha hecho isla.

En regiones como la Guayana, Martinica o Guadalupe, el peso de la prioridad emancipatoria ocupa otro trasfondo. Con Césaire (2009) y Fanon (2015) podremos comprender por qué antes que la independencia política se debe lograr la cultural, lo que aquí se propone como *reconstrucción epistémica*, que sería la capacidad de encontrar la matriz, sacarla de la transparencia y colocarla en diálogo con todos los observadores posibles. Esta *apertura* es claramente la subversión del sentido del paisaje-panorámico impuesto, desarticulado desde dentro. Una coherente experiencia del pensamiento a modo de paisaje posibilita miradas que también se reconfiguran.

Reconstruir lo epistémico

*Y todos sentimos que ese mar está en nosotros,
con su carga de islas por fin descubiertas.*

Glissant, *Philosophie de la Relation. Poésie en étendue* (2009).

Para que el *paisaje* deje de ser una instantánea reticular, que nos disocia de la capacidad para crear nuestra propia imagen, se debe subvertir el principio escópico que lo abriga. Hemos visto aquellos fragmentos reflejantes de una imagen atroz y distante

¹⁰ Recientemente se ha publicado una antología que expone el pensamiento de diferentes pensadores y pensadoras del Caribe, creando un diálogo que supera las barreras lingüísticas, para encontrar puntos en común entre tales autoras y autores (Valdez García, 2017).

¹¹ Sobre las Antillas es necesario anotar una distinción respecto a las distinciones discursivas que enmarcan la búsqueda de escritores francófonos del Caribe, pues la búsqueda de la antillanidad es otra de las aristas que este Caribe condensa.

de nuestro propio entorno. La *reconstrucción epistémica* en el Caribe es una invitación para habitarlo desde el diálogo compartido, sentirlo, cuestionarlo, componerlo, cartografiarlo, o mejor, geografiarlo de nuevo.¹² Esto es apropiarse del paisaje subvirtiendo la distancia, reconocer que *duele estar*, que el color del carnaval no es más que el desfogue anímico que busca desesperadamente escapar de la opresión de las representaciones históricas mientras las replica o que las fronteras difusas se dibujan en las memorias de los nuevos clandestinos, y antes que definirse ellas, los definen a ellos. La *experiencia de paisaje* es experiencia estética,¹³ experiencia de lo sensible, y ello excede lo visual. Corresponde mejor con lo viable definido por los límites entre proyecciones futuras y pasadas, una pregunta incómoda que invita a situarse, una pregunta que no necesita respuesta sino escucha, es un llamado a comprender el sentido de su propia “lógica interna”.

Pensemos pues, en la resignificación de las prácticas y los cuerpos en determinados espacios donde se confronten las generalidades analíticas y se subviertan todas las capacidades de establecer panorámicas ya dispuestas en el sistema global, presentes en sus diversas transparencias. Las migraciones brindan una geografía de la clandestinidad, el desplazamiento, el refugio y el exilio, a la vez que comportan un tema prioritario de toda agenda internacional. En Latinoamérica, se conoce poco sobre las migraciones del Caribe hacia el Sur y entre el Sur mismo, se desconocen todos los senderos que filtran en sus cuerpos las prácticas y saberes que fusionan diferentes horizontes temporales y geográficos.

La complejidad demográfica de la Guayana Francesa obedece a la extensa variedad de migrantes oriundos de diferentes orígenes y por diversas causas. La reglamentación que en términos de salud, protección social y acceso al euro ofrece el Estado francés en Sudamérica hace que sea un destino atractivo para migrantes desde Cuba, Haití, Brasil, República Dominicana, Venezuela, Colombia y otras regiones caribeñas departamentales de ultramar como Martinica y Guadalupe. Incluso, grupos étnicos originarios de la Amazonía también han llegado a la Guayana Francesa huyendo de las condiciones por el trato político en Brasil, Surinam o Guyana;¹⁴ esto sin contar la procedencia de migrantes de otras regiones asiáticas y de la misma Francia.

¹² Entiéndase *geografiar* en el sentido en que Porto-Gonçalves (2006) expone el término: al contraponer una relación directa con el medio, frente a la cartografía impuesta que despersonaliza a sus habitantes y otorga el sentido de estar en un espacio no propio.

¹³ Terry Eagleton retoma esta idea de Baumgarten: “La estética nace como un discurso del cuerpo. [...] La distinción que impone inicialmente el término ‘estético’ a mediados del siglo XVIII no es la que diferencia entre ‘arte’ y ‘vida’, sino la que existe entre lo material y lo inmaterial: entre las cosas y los pensamientos, las sensaciones y las ideas, lo ligado a nuestra vida productiva en oposición a aquello que lleva una oscura existencia en las zonas recónditas de la mente” (2006:65).

¹⁴ Piantoni (2002) describe muy bien los flujos migratorios que han surgido en el Río Maroní,



Me detendré un momento en el Río Oyapock. En esta zona llama la atención la confluencia migratoria que llega para incursionar en la explotación legal e ilegal de oro, acompañada de la prostitución de mujeres migrantes,¹⁵ en su mayoría clandestinas, que atienden no sólo a *garimpeiros*¹⁶ sino también a locales, comerciantes de diferentes lugares y marines que pertenecen a legiones de la Comunidad Europea y radican en la Guayana por periodos de entrenamiento. Un denso epicentro de encuentros entre cánones socio-políticos, económicos, étnicos y culturales se aglutinan en esta pequeña población y exhiben a *grosso modo* la conexión con los imaginarios de paraíso sexual del Caribe confundido con las membranas tropicales del Amazonas.¹⁷ A lo anterior se suma la problemática de las comunidades originarias, en la búsqueda por adecuarse a las nuevas formas de territorialidad fomentadas por los aparatos estatales de Brasil y Francia; estos grupos habitan en el borde de cada legislación.

El fenómeno de la *migración* tiende a la red: es su condición estar siempre conectado con otro evento, otro lugar, otro momento, otros cuerpos. En experimentar la extrañeza, la resistencia a lo nuevo y la progresiva adaptación que transforma la relación con el lugar de llegada, reside la clave para comprender de una manera más cercana y consciente la disputa por el territorio simbólico y la validación colectiva de éste. No obstante, tal proceso no tiene duración definida, no tiene forma determinada, puede incluso ser irrepresentable, ha rebasado desde siempre al mapa. De ahí la importancia de pensar a modo paisaje, a suerte de dialéctica donde se acceda al *sentido de la reconstrucción* para construirnos en otros *sentidos* de relación como Caribe y abrir las puertas para la construcción de otras formas de ver.

frontera con Surinam, desde el siglo XVIII. Históricamente esta zona ha dificultado el acceso a la selva y, por lo mismo, ha posibilitado el resguardo de diferentes comunidades aborígenes y cimarronas. Actualmente, los descendientes de aquellos grupos subsisten en la región, pero cohabitan con pobladores procedentes de las últimas revoluciones independentistas de Surinam y Guyana, entre otros grupos poblacionales.

¹⁵ Véase Police (2010). El investigador francés realiza un análisis sociológico detallado de las confluencias fronterizas en el Oyapock, frontera de la Guayana francesa con Brasil.

¹⁶ *Garimpeiros* es el nombre con que se conoce a aquellos que explotan oro de manera ilegal en la frontera franco-brasileña.

¹⁷ Gérard Police, en *Eudorado...* anota el siguiente caso recurrente en el imaginario fronterizo: “la Guayana Francesa es un terreno fértil para la explotación sexual de cientos de jóvenes de Pará y Amapá. Muchos llegan muy jóvenes [...] la Guayana, con sus casi 200 mil habitantes, no tiene más que dos opciones para ofrecer a los casi 50 mil brasileños que habitan ilegalmente en la región: para los hombres está el trabajo como *garimpeiros* y como mano de obra barata; para las mujeres queda la prostitución” (2010:25, traducción propia).

A modo de reflexión final

*El efecto espejo es una metáfora útil:
la imagen del mundo mirándose a sí misma,
pero siempre y cuando, supere el umbral del narcisismo;
todo el medio es el espejo y nos devuelve, enmarañado
y sin consideración, aquello que piensa de nosotros.
Gérard Police, *€udorado...* (2010).*

La panorámica de *imágenes* y espejos *imaginarios* hecha de visualizaciones hacia los otros se basa en un sistema de juicios unívocos, de estatus y descripciones, sofocando todo diálogo posible; esa es su principal falencia. El observador, por su parte, es un posibilitador de la mirada.¹⁸ Esta conducta hacia la panorámica se instala, se programa, se enseña y aprende en la medida en que su imagen logra ser interiorizada, cuando la *asimilación* de las regiones de ultramar se toma como un principio de exclusión, o el carácter insular como un fundamento de la distancia. No obstante, como es una imagen inconclusa y fragmentaria, decide su suerte en los sedimentos que las generaciones eligen para hacer visible este aprendizaje, por ello es importante enfatizar en lo situado, en la capacidad natural que se tiene para reconfigurarse en una imagen con potencia de devolver la mirada.

Hoy día la población *créole* en la Guayana se designa como nativa, mientras que la mayoría de las comunidades amerindias siguen siendo observadas con cierto distanciamiento, no como los originarios, ni los antiguos, sino como extraños para un sistema estatal que frecuentemente debe alfabetizar sobre las formas de construcción de nación pluricultural. Francia en su rol de Estado ha tenido que flexibilizar y solventar todas estas diferencias culturales originarias en pro de constituir una cierta integración de orden nacional, un *paisaje francófono* heredado de la colonia. Vemos entonces dos panorámicas en diferentes niveles: la nacional francesa que avanza con el diálogo internacional de la globalización imperante, y la réplica excluyente con que los *créole* construyen de nuevo una escala de valores sociales dominantes, posicionando su presencia en el departamento. La réplica de creación de horizontes en distintas panorámicas ha creado escalafones internos de segmentación y distanciamiento. Muestra de ello son las actitudes evidentemente racistas hacia los migrantes haitianos, o la designación de los roles de actividades y oficios según procedencia. Por esta

¹⁸ “Sin el concurso de la ciencia moderna no hubiera sido posible la expansión colonial de Europa, porque ella no sólo contribuyó a inaugurar la ‘época de la imagen del mundo’ –como lo dijera Heidegger–, sino también a generar una determinada representación sobre los pobladores de las colonias como parte de esa imagen. Tales poblaciones empiezan a ser vistas como *Gestell*, es decir, como ‘naturaleza’ que es posible manipular, moldear, disciplinar y ‘civilizar’, según criterios técnicos de eficiencia y rentabilidad” (Castro-Gómez y Grosfoguel, 2007:88).

razón, el drama asimilacionista es más agudo que la dualidad *imperio-colonia*, pues no queda resuelto en los marcadores histórico-políticos de la abolición esclavista, ni la departamentalización; la experiencia de aquellos primeros órdenes continúa sedimentada y sobre ella se instalan las prácticas sociales contemporáneas.

Al interior del departamento guayano-francés se han configurado jerarquías de orden racial, económico, político y epistémico que se debaten en *quién debe verse, cómo, y desde dónde*, en fin, la ubicación en la retícula. El estatus departamental sólo es cuestionado por algunos movimientos independentistas, mientras que la mayoría de las agrupaciones políticas discuten el trato que reciben de Francia metropolitana, proponiendo más espacios para la Francia ultramarina dentro de su *madre patria*, por medio de subsidios y otros beneficios. De ahí su postura hacia las naciones vecinas, hacia los migrantes de acuerdo al país de procedencia y el fuerte arraigo a la *métropol*.¹⁹

En este orden de ideas, es evidente que se debe cuestionar la matriz sedimentaria sobre la que reposan las jerarquías, los sistemas de exclusión y las maneras de hacerse al territorio en modo caribeño-amazónico o cualquier otro que encontremos. La *reconstrucción epistémica* del paisaje cuestiona aquello que no se ve pero se percibe, indaga la sensibilidad colectiva a través de una evaluación profunda del sentido organizador históricamente asimilado, pues pretende dismantelar la retícula que lo compone.

Como conclusión, anoto dos observaciones que dejan abierta quizá la revisión para otro diagnóstico sobre el Caribe. La primera consiste en señalar los continuos intentos de pensadores afro-caribeños enfocados en disputar su lugar en la representación, pero no la representación misma. La evidente distancia entre las élites intelectuales y la problemática social de las regiones caribeñas se funda en una conducta aspiracionista que se enajena de las condiciones más próximas al mitificarlas, narrarlas de manera extraordinaria pero con distancia. Algunas de las distinciones fundamentales del Caribe residen en la dispar y múltiple proyección de imágenes que reviven el desarraigo de África, la devastación aborigen nativa, los mitos de la colonización, pero también, la consecuente imaginación de la industria turística y los paraísos fiscales que cromáticamente equilibran, en esta matriz de dualidades, horizontes densos de miseria y abandono.

¹⁹ En el reporte migratorio de 2006 del Instituto Nacional de Estadística y de Estudios Económicos de Francia, se describe el notable aumento de la migración haitiana entre los años 70 y 90, presentando un crecimiento de 40%. No obstante, 6 de cada 10 inmigrantes procedentes de Haití están desempleados. Una de las causas se debe a que la población haitiana representa el segundo grupo de inmigrantes más grande, después de Brasil. Ello conlleva a reafirmar los imaginarios de segregación, irregularidad y empleos informales en la Guayana Francesa (Jean y Marzouki, 2006).

Todo ello corresponde ciertamente a instantáneas fugaces del mismo *paisaje inerte*, todas pretenden fundar en una sola imagen la esencia constitutiva de lo caribeño. La insularidad funciona como fractal de *paisajes inertes caribeños* que tienen un sentido disociado. En la *abertura* glissantiana la distancia deja de ser una condición estructurante y abre paso a otras comprensiones basadas en las relaciones existentes, no en las ausentes.

La segunda observación consiste en la notable preponderancia de lo *afro* frente a otras experiencias culturales, altamente densas, pero menos visibles en el Caribe. Ciertamente es necesario indicar que lo *afro*, en esta nomenclatura, parece ser contenedor o contenerse de manera especial en la región. Desde el fundamento de la negritud adquirió una visibilidad sin matices, que se sobrepone sobre todos los demás colores alternos, no de las razas, sino de las culturas. Lo *afro* se ha valido de una inagotable fuente de representatividad apoyada por los intereses exotizantes de la industria cultural. La música, las representaciones artísticas y los discursos han devenido objetos de consumo publicitario.

Es realmente un enorme problema mostrar lo *afro* como homogéneo. Si se es *negro* haitiano, se notará visiblemente la diferencia con un *criollo* martiniqués, guyanés o jamaiquino. Si se es negra, también. Los idiomas de unos se imponen ante los otros. Una mujer *criolla* dominicana será tratada de manera diferente en Guayana Francesa o Guyana, ante una *criolla* de Guadalupe o Curaçao. Allí la homogeneidad de este “tono oscuro” se ha quebrado desde siempre. Franz Fanon lo ha advertido al explicar la disociación psicológica del racismo, pero ahora también tenemos síntomas muy similares con la *negritud*; hay negritud más blanca y hay negritud más negra, una más académica, la otra más artística, folclórica o popular; ambas disputan ser legítimas.

Con este telón *en frente*, me gustaría invitar al desmantelamiento de lo escópico (*modo de vermos*) y la reconfiguración de lo epistémico (*modo de conocernos*) mediante la acción de ruptura. Quebrar el espejo de la distancia ultra del mar consiste en aceptar el choque y entender que parte vital de la geografía caribeña es el Amazonas, la Guayana Francesa, las islas que quedaron bajo el protectorado de los Países Bajos y todo cuanto lo conecta con la red global, pero en sus modos de experiencia. Este Caribe, desde hace mucho tiempo, comenta García de León: “constituye una elaboración histórica, largamente construida, en donde la naturaleza insular, la inmensidad marítima y el carácter litoral del paisaje no son solamente un accidente geográfico, sino la parte más recóndita de las conciencia de los hombres *y mujeres* que lo habitan” (2002:24).

Es imprescindible condicionar otra posibilidad de conciencia estética como potencia subversiva ante todo reflejo de identificación. Se requiere una geografía nueva de nuestra propia historicidad acompañada de las temporalidades y espacialidades

presentes para dejarnos de ver en perspectiva, en la que podamos “redescubrir el mundo natural y su modo de existencia” (Merleau-Ponty, 1993:43).

En un primer y tosco ejercicio en este camino, sería viable considerar que los mapas del Caribe *no son* el Caribe, sino una construcción abstracta e imaginada sobre él. Por ejemplo: la Guayana Francesa *no es* una colonia ultramarina, sino un territorio cuyo brutal vaciamiento fue solventado por una nomenclatura que condensa la propia experiencia histórica, haciendo posible que su imagen pueda ser reconfigurada. Así, Guayana y Caribe son episodios de esta historicidad en red global que nos alberga, pero también son experiencia compartida integrada de múltiples maneras en las memorias de quienes optan por geografiarlo diferente. Ninguna idea, ni la de Europa ni la del Caribe mismo, está definitivamente constituida y es siempre falible de resignificación. *Pensar a modo de paisaje* posibilita una *reconstrucción del sentido* otorgando más horizontes que hablen de la profundidad de nuestras relaciones y abandonen la distancia.

Bibliohemerografía

- AGUIRRE-GARCÍA, Feliciano (2001), “Espacialidad en lugar de espacio. Elementos para la organización del conocimiento”, en *Cuadernos de Trabajo*, Veracruz, México, Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales, Universidad Veracruzana, núm. 8.
- ARTUR, Jacques François (2011), *Histoire des colonies françaises de la Guianne*, Matoury, Guyana, Ibis Rouge Éditions, transcripción de Marie Polderman.
- BERNABÉ, Jean, Patrick CHAMOISEAU y Raphaël CONFIAnt (1989), *Éloge de la Créolité*, Paris, Gallimard.
- BREA, José Luis (2007), “Cambio de régimen escópico: del *inconsciente* óptico a la *e-image*”, en *Estudios visuales*, Murcia, España, Centro de Documentación y Estudios Avanzados de Arte Contemporáneo, núm. 4, enero.
- BUNGE, Mario (2004), *La investigación científica, su estrategia y su metodología*, México, Siglo XXI.
- CASTRO-GÓMEZ, Santiago (2015), *Revoluciones sin sujeto. Slavoj Žižek y la crítica del historicismo posmoderno*, México, Akal.
- CASTRO-GÓMEZ, Santiago y Ramón GROSFOGUEL (compiladores) (2007), *El giro decolonial: reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*, Bogotá, Siglo del Hombre Editores/Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos, Universidad Central/Instituto de Estudios Sociales y Culturales Pensar, Pontificia Universidad Javeriana.
- CÉSAIRE, Aimé (2009), *Discours sur le colonialisme*, Paris, Textuel.
- CHAMOISEAU, Patrick (1994), *Guyane, traces-mémoires du baigne*, Paris, Caisse Nationale des Monuments Historiques et des Sites.
- DELEUZE, Gilles y Félix GUATTARI (2002), *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Valencia, Pre-textos.

- EAGLETON, Terry (2006), *La estética como ideología*, Barcelona, Trotta.
- FANON, Frantz (2015) *Peau noir, masques blancs*, Paris, Points.
- GARCÍA DE LEÓN, Antonio (2002), *El mar de los deseos. El Caribe hispano musical. Historia y contrapunto*, México, Siglo XXI.
- GLISSANT, Édouard (1996), *Introduction à une poétique du divers*, Paris, Gallimard.
- GLISSANT, Édouard (2009), *Philosophie de la Relation. Poésie en étendue*, Paris, Gallimard.
- GLISSANT, Édouard (2017), "Poética de la Relación", en Félix VALDEZ GARCÍA (coordinador), *Antología del pensamiento crítico caribeño contemporáneo*, Buenos Aires, CLACSO.
- JAY, Martin (2007), "¿Parresía visual? Foucault y la verdad de la mirada", en *Estudios visuales*, Murcia, España, Centro de Documentación y Estudios Avanzados de Arte Contemporáneo, núm. 4, enero.
- JEAN, René y Kaïs MARZOUKI (2006), *Atlas des populations immigrées en Guyane*, Paris, Institut National de la Statistique et des Études/L'Agence Nationale pour la Cohésion Sociale et l'Égalité des Chances.
- KANT, Immanuel (2007), *Crítica de la razón pura*, Buenos Aires, Colihue.
- LAMPE, Angela (editora) (2013), *Vues d'en haut*, Metz, Francia, Centre Pompidou/ Metz Éditions.
- MAM LAM-FOUCK, Serge y Anakesa APOLLINAIRE (2013), *Nouvelle histoire de la Guyane*, Matoury, Guyana, Ibis Rouge Éditions.
- MERLEAU-PONTY, Maurice (1993), *Fenomenología de la percepción*, Barcelona, Planeta.
- PIANTONI, Frédéric (2002), "Les recompositions territoriales dans le Maroni: relation mobilité-environnement", en *Revue Européenne des Migrations Internationales*, Francia, vol. 18, núm. 2.
- POLICE, Gérard (2010), *Éudorado: Le discours brésilien sur la Guyane Française*, Matoury, Guyana, Ibis Rouge Éditions.
- PORTO-GONÇALVES, Carlos (2006), "A reinvenção dos territórios: a experiência latino-americana e caribenha", en Ana Esther CECEÑA (coordinadora), *Los desafíos de las emancipaciones en un contexto militarizado*, Buenos Aires, CLACSO.
- QUIJANO, Anibal (2014), *Cuestiones y horizontes. De la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder*, Buenos Aires, CLACSO, Colección "Antologías".
- SIMMEL, George (1986), *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*, Barcelona, Península.
- VALDEZ GARCÍA, Félix (coordinador) (2017), *Antología del pensamiento crítico caribeño contemporáneo*, Buenos Aires, CLACSO.
- WOOD, Yolanda (1989), "Repensar el espacio Caribe", en *Revista de la Universidad de la Habana*, Cuba, núm. 236.

Recibido: 9 de mayo de 2017
Aprobado: 13 de octubre de 2017